RAMÓN MARSÁ y MIGUEL DE SAN ROMÁN

La señora no quiere comer sola

COMEDIA EN UN ACTO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1911

La señora no quiere comer sola

LA SEÑORA NO QUIERE COMER SOLA

COMEDIA EN UN ACTO

ESCRITA POR

RAMÓN MARSÁ y MIGÜEL DE SAN ROMÁN

Estrenada en el COLISEO IMPERIAL el 1.º de Marzo de 1911

MADRID
R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Teléfono número 551

1911

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA MARQUESA DE ROSALES	Amelia Ziur.
TERESA	Josefina Infiesta.
JACINTA	Guadalupe Muñoz Sampedro.
LA SEÑORA DE COMPAÑÍA	Juana Espejo.
CARLOS	Manuel Soto.
EL MARQUÉS DE ROSALES	Samuel Aguado.
VENANCIO	José Isbert.
MANUEL	Luis Medina.
BENITO	Francisco Roig.

La acción en una finca, en el campo.—Época actual



ACTO UNICO

Gabinete elegante de señora. Al fondo balcón, por el que se ve el campo. Una puerta a la izquierda y dos á la derecha. Centro ó chimenea con espejo. Una mesa á la izquierda. Sofá, butacas y algunas sillas. Todo el mobiliario lujoso y de estilo moderno. Derecha é izquierda, las del actor.

Un cestito de labor. Un bastidor para bordar. Recado de escribir. Un papel que llevará Venancio. Un billete de Banco. Un libro. Un timbre.

La puerta primera derecha ha de tener manivela, cerradura y llave que juegan.

Carlos vestirá uniforme de capitán de Caballería; el Marqués, traje de caza; Benito y Manuel, frac; Venancio, librea.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA y JACINTA

Al levantarse el telón está en el balcón la Marquesa; Jacinta, haciendo labor

JAC. Los criados nos quejamos algunas veces sin razón de nuestra esclavitud. Cierto que sufrimos sermones y altanerías de los señores; pero en cambio no padecemos ese mal del aburrimiento, que tanto les hace á ellos sufrir. Y el aburrimiento ¡ah! debe de ser cosa terrible... Si el que tiene hoy mi señora dura dos horas más, se muere de seguro... Es raro

que una mujer de su talento no encuentre medios de distraerse... ¡Quién sabe! Acaso cuanto mayor sea el talento, más difícil sea matar el fastidio... Porque no hay como los tontos para distraerse con cualquier cosa. ¡Ah, la señora!... Ya se ha cansado también del balcón!... ¿Ha visto la señora pasar mucha gente?

MARQ.ª Sí; carreteros, labradores mojados hasta los huesos... Lástima dan... ¡Qué día más triste!... Llueve cada vez más.

JAC. No sé si la señora se aburre; pero lo que es yo... Con este tiempo.. En medio del campo... Tan lejos de Madrid...

MARQ.ª ¡Ya, ya!... Lo que más siento es tener que comer sola.

JAC. Es una pena que el señor se haya ido de caza; pero ayer la señora misma le animó para que se marchase.

MARQ.ª ¡Tenía tantos deseos de cazar!... Yo, además, esperaba visitas; creí que vendría la condesa de Pinofuerte.

JAC. ¿Quién? ¿Esa señora tan fea?

MARQ.ª No es precisamente la compañía de las feas lo que me disgusta.

JAC. La señora puede rodearse de hermosas sin temor.

MARQ.ª Es una broma... Dame ese libro... (Jacinta se lo entrega.) ¡Ah!... ¿De moral? No leo... Si el piano estuviese... Te he dicho que le mandases afinar; pero no te cuidas de nada.

JAC. Si ya está afinado, señora.

MARQ.ª Bien. Tocaré esta noche para entretener al señor. Ahora voy á bordar... Pero no... Escribiré unas cartas. (Demostrando el aburrimiento que no puede desechar.) ¡Ah, esto es insoportable! (Después de pensar unos momentos, coge las plumas y las tira enojada.) ¡No se puede escribir con estas plumas!

JAC. Aquí las tiene la señora nuevecitas.

MARQ.ª ¡Ya! ¿Crees que no las veo?... Cierra ese balcón... Y si no, deja... Me voy á asomar otra vez... (Se asoma.)

JAC. ¡Y sigue el mal humor!... (Coge el libro.) De

moral... ¿Qué será esto de moral? Tengo que enterarme.. (Deja el libro.)

MARQ.ª (Con repentina transición á la alegría.) ¡Jacinta... Jacinta!...

JAC. Señora... (Yendo al balcón.)

MARQ.ª Ven... Mira...

JAC. Un oficial á caballo... ¡Se está poniendo como una sopa!...

MARQ.ª No... Ya se guarece bajo el cobertizo... (Después de pensar un momento.) Llama á Benito. (Mutis Jacinta segunda derecha.) Será divertido... Sin embargo.. es un poco... Para atreverme á una broma semejante necesito que mi reputación esté tan bien fundada como lo está.

ESCENA II

La MARQUESA, BENITO y JACINTA, segunda derecha

MARQ.ª (A Benito.) En la puerta del jardín verás un oficial á caballo; dile que la señora condesa de Pinofuerte le ruega tenga la bondad de subir un momento.

BEN. ¿La señora condesa de Pinofuerte? (Con extrañeza.)

MARQ.ª Sí, anda en seguida.
(Mutis Benito.)

JAC. ¿La señora condesa de Pinofuerte? (Más extrañada aun.)

MARQ.ª Sí.

JAC. ¿Esa señora tan vieja y tan rara?

MARQ.ª Sí. ¡Será original!

JAC. (Riendo.) ¡Ya lo creo!... No se reirán poco del oficial cuando diga á los que la conozcan que la condesa es una mujer hermosísima! Por supuesto que la señora no le conoce.

MARQ.ª Naturalmente.

JAC. ¿Y si él conoce á esa condesa?

MARQ.ª Muy sencillo. Decimos que el criado ha equivocado los nombres.

JAC. ¿Pero ha pensado bien la señora?...

MARQ.ª En todo. Me he propuesto no comer sola. Cierra el balcón.

ESCENA III

DICHOS y MANUEL, por la segunda derecha

Mientras la señora se aproxima al espejo para aliñar un poco su peinado, Manuel se asoma á la puerta y hace señas á la doncella de que se acerque. Ella obedece y él la habla al oido

MAN. (**Después de cuchichear.**) Te digo que lo he visto.

JAC. Señora... Ya tenemos con qué pasar el rato. Hay una señora encerrada en las habitaciones del señor marqués...

MARQ.a ¿Qué dices?

JAC. Anda, cuenta... (**A Manuel.**)

MAN. Perdone la señora... (**A la doncella.**) ¡Chismosa!

MARQ.a Habla.

MAN. Señora... (**Hace una reverencia.**)

MARQ.a Suprime tus reverencias.

MAN. Con el respeto debido á la señora...

MARQ.a ¡Qué pesada se pone esta gente con sus ridículas ceremonias! Vamos...

MAN. Al pasar por la terraza del salón, en uno de los balcones del despacho del señor marqués he visto, lo mismo que tengo el honor de ver á la señora...

MARQ.a ¡Bonita ocasión ésta para sacar á cuento el honor! Bueno. ¿Qué has visto?

MAN. Moverse un visillo y una blanca mano que lo levantaba. Y junto á la mano blanca la cara de una señorita de dieciocho á veinte años; no aseguraría que tuviese los veinte; pero ya ha cumplido los dieciocho.

MARQ.a ¿Y estás seguro de lo que dices?

MAN. Señora... ¿me atrevería yo á...?

MARQ.a (**Meditando un momento.**) Que venga el portero. ¿No habrás hablado á nadie de esto?

MAN. Sólo á Jacinta.

MARQ.a Pues si el uno ó el otro decís una palabra, os despido.

(**Mutis Manuel.**)

ESCENA IV

La MARQUESA y JACINTA

JAC. (Gimoteando.) Creo que no he dado motivo á la señora... Yo no he descubierto nunca un secreto.

MARQ.ª No has tenido que guardarme ninguno.

JAC. ¡Señora!...

MARQ.ª Mira, no me gustan los dengues.

ESCENA V

DICHAS y VENANCIO, segunda derecha

MARQ.ª Oiga usted, Venancio. ¿Quién es esa joven que está en el despacho del señor?

VEN. ¿Una joven en el despacho del señor?

MARQ.ª Observo que está usted urdiendo una mentira y quiero que tenga presente, antes de continuar, que esto sería faltarme al respeto y no lo perdono.

VEN. Señora... Hace veintisiete años que estoy al servicio del señor marqués y nunca ha tenido que reprenderme por faltas de respeto. Pero hay cosas, señora... Hace once años...

MARQ.ª No eluda usted la cuestión y contésteme con claridad. ¿Quién es la joven que está en el despacho del señor?

VEN. La señora puede perderme si el señor llega á saber que...

MARQ.ª No tema usted nada, yo me encargo de eso.

VEN. Es verdad que tratándose del señor la señora lo puede todo.

MARQ.ª Volvamos á lo que te preguntaba. Tú, vete. (A Jacinta.)

JAC. ¡Con esta mujer no se entera una de nada! (Mutis Jacinta.)

ESCENA VI

La MARQUESA y VENANCIO

VEN. Señora... Ayer por la mañana me dijo el señor: Toma este papel y haz lo que en él te indico.

MARQ.ª ¿Qué papel?

VEN. Creo que le tengo aquí. (Buscándolo.) Sí...

MARQ.ª Lea usted.

VEN. Es de puño y letra del señor marqués. (Leyendo.) «Jueves 16. A las cinco y cuarto de la tarde Venancio mandará vestirse á su mujer. A las seis y media saldrán de su casa los dos bajo el pretexto de ir á paseo. A las siete y media se encontrarán en la puerta del parque. A las ocho dadas revelará á su mujer que están allí uno y otro para esperarme. A las ocho y media...»

MARQ.ª ¡Qué detalles tan cargantes!... Deme usted... (Lee.) Bueno. ¿Y después?

VEN. Llegó el señor pasadas las diez de la noche; mi mujer se moría de frío... Una avería del automóvil retrasó la llegada. Se apearon dos señoras, una joven y otra de edad y el señor marqués nos mandó que las llevásemos á sus habitaciones por la escalera de servicio, encargándonos que las atendiésemos con todo esmero.

MARQ.ª ¿Y dónde han pasado la noche?

VEN. En mi salita, donde preparamos dos camas.

MARQ.ª Y nada más. ¿El señor marqués no ha tenido más atenciones con esas... señoras?

VEN. ¡Oh, sí! El señor ha venido esta mañana antes de salir de caza; ha pedido permiso para entrar y ha hecho muchos, muchos cumplidos á la señorita, á la más joven... muchos agasajos, ¡ah, muchos!...

MARQ.ª Eso no se lo preguntaba. Y ¿usted no se figura qué clase de gentes son esas mujeres?

VEN. Señora, yo no me fijado más que en cum-

plir con exactitud lo que me mandó el señor marqués. Pero mi mujer me ha dicho que tenían un aire muy fino.

MARQ.ª Tráigalas usted aquí.

VEN. ¡Ah, señora!..

MARQ.ª Sí; dígales que yo las ruego que pasen á verme.

VEN. Pero si...

MARQ.ª Haga usted lo que le mando. No tema nada. Diga usted á Jacinta que venga. (Mutis Venancio.)

ESCENA VII

La MARQUESA, después JACINTA

MARQ.ª Es extraño... No puedo creer... Sin embargo, los hombres son todos tan hipócritas... En fin, voy á salir de dudas. Cállate lo que sepas y no preguntes lo que ignores. Casi estoy arrepentida de mi ligereza. Tan pronto como venga...

JAC. ¿Quién?

MARQ.ª Ese oficial. Le haces pasar al otro gabinete y le dices que espere un momento. (Mutis Jacinta.)

ESCENA VIII

La MARQUESA, TERESA y la SEÑORA DE COMPAÑÍA. VENANCIO acompañándolas. Por la primera derecha

MARQ.ª Perdóneme usted que la haya molestado, señorita. Sin duda mi marido, el marqués de Rosales, tiene poderosas razones para ocultarme que estaba usted en su despacho. Espero que usted misma me aclare...

SEÑ. Señora, diré á usted que..

MARQ.ª (A Teresa.) Esta señora, ¿qué es de usted?

TER Es mi señora de compañía.

MARQ.ª (Aparte á Teresa.) ¿Y podremos hablar con libertad?..

TER. No hay inconveniente.

MARQ.ª Siéntense ustedes... (Se sientan; la señora de compañía en una silla algo retirada que le señala la Marquesa. A Venancio.) Retírese usted. (Mutis Venancio.) A juzgar, señorita, por la inocencia de su semblante, no comprendo cómo el marqués me ha privado del gusto de conocerla.

TER. Y si yo hubiera sabido que me encontraba en casa de usted, me hubiese apresurado á pedirle que me concediera ese honor.

MARQ.ª ¡Ah!, ¿pero usted no lo sabía?

TER. No, señora.

MARQ.ª Aumenta usted mi curiosidad.

TER. Si de mí dependiera, la satisfaría. El marqués no me ha encomendado secreto alguno.

MARQ.ª ¿Hace mucho tiempo que se conocen ustedes?

TER. Mucho. Siempre. En el Colegio en que he pasado mi vida, no he tenido más pariente ni más amigo que él.

MARQ.ª (Con dignidad y en tono seco.) Y siendo así, ¿insistirá usted en decirme que ignora los propósitos del señor marqués trayéndola á mi casa y ocultándola á todas las miradas?

TER. (Con igual tono.) Cuando se respeta á una persona no se la importuna con preguntas, señora. Y yo respetaba demasiado al marqués para tratar de saber lo que me quería ocultar.

MARQ.ª (No se puede tener mayor discreción.)

TER. Ya le he dicho que no sabía que estaba en casa de usted.

MARQ.ª Va usted á hacérmelo olvidar.

TER. Señora... Me retiro .. (Levantándose.)

MARQ.ª (Se levanta también, y con un tono más dulce:) Señorita, espero que mi marido no me retarde la satisfacción de saber quien es usted.

TER. Yo también lo deseo.

MARQ.ª Sin duda ha tenido razones, que no creo ofensivas ni para usted ni para mí; pero reconozca que este misterioso silencio necesita toda la dulce simpatía que usted inspira para no ser mal interpretado.

TER. Lo reconozco, señora. Y para confirmar esa buena opinión que usted tiene de mí, le diré cual es la mía respecto á la conducta del señor marqués para conmigo. Hace algunos meses...

MARQ.ª Siéntese usted. (Vuelven á sentarse.)

TER. Hace algunos meses, el marqués fué á verme al Colegio. Le acompañaba un joven, amigo suyo. Me le presentó y el joven me pidió permiso para venir á hablarme por la reja. Se lo concedí, y hemos hablado algunas veces... bastantes. El lunes último, el marqués volvió á visitarme, me dijo que me dispusiera á salir del Colegio, y de la conversación que sostuvo conmigo pude deducir que se trataba de casarme. Anoche vino á buscarme, dejé el Colegio, con mucha pena, porque allí he pasado los mejores años de mi vida, y me trajo aquí. Esta es toda mi historia. Y si algo temiese de la persona á quien tanto respeto, sería al lado de usted donde vendría á refugiarme. (Se levanta.)

MARQ.ª No diré á mi marido que me he anticipado á conocer á usted. Guarde usted el mismo secreto.

TER. Así lo haré. (Despidiéndose.)

JAC. (Entrando y acercándose á la señora.) Señora, ya está ahí. Se llama don Carlos Salazar.

MARQ.ª Que pase y espere un momento. (Mutis todos menos Jacinta, por la derecha.)

ESCENA IX

JACINTA, CARLOS, MANUEL por la izquierda

JAC. (Viendo al oficial.) No tiene mala cara. Se puede comer con él. (Mutis segunda derecha.)

CAR. ¿Sirves aquí ahora? (A Manuel.)

MAN. Sí; al marqués de Rosales.

CAR. ¿Al marqués de Rosales? ¡Si me han dicho que me llamaba la condesa de Pinofuerte!

MAN. Esa fué la orden de la señora.

CAR. ¿Orden de cambiar su nombre?
MAN. Sí, señor,
CAR. ¿Qué significa esto?
MAN. No sé absolutamente nada.
CAR. Y ¿dónde está el marqués?
MAN. Dicen que de caza.
CAR. Creí encontrarle en esta finca. ¿Regresará esta noche?
MAN. La señora le espera. (Mutis segunda derecha.)

ESCENA X

LA MARQUESA, CARLOS y JACINTA. Al final BENITO

MARQ.ª ¿Cómo se entiende, señor Iparraguirre, pasar de largo por delante de mi casa?... Pero, ¡ah! ¡qué confusión la mía!... Perdóneme usted, caballero... Cuando iba á reprocharle su felta de atención, advierto que soy yo quien debe dar á usted todo género de excusas... ¡Cuánto siento haberle molestado!...
CAR. ¡Señora!
MARQ.ª Caballero, una lamentable equivocación...
CAR. Para mí dichosa, señora, puesto que me proporcia la honra de saludar á la señora condesa de Pinofuerte. (Recalcando.)
MARQ.ª En mi vida he sentido turbación mayor... Pero, di, Jacinta, ¿has visto qué semejanza tan asombrosa con el señor Iparraguirre?
JAC. Es exacta, señora... Si yo también le he confundido...
MARQ.ª No salgo de mi admiración. La misma estatura, el mismo cuerpo, el mismo modo de montar á caballo...
BEN. (Por la segunda derecha.) La señora está servida.
MARQª. Si quiere quedarse á comer conmigo... Aunque no tengo el gusto de conocerle...
CAR Señora...
MARQ.ª (A Benito,) Un cubierto más. (Mutis Benito.)
CAR. Tanta bondad... No sé si debo aceptar...
MARQ.ª Debe usted darme el tiempo necesario para

borrar de su pensamiento el juicio que habrá formado de mi conducta irreflexiva. (Mutis los dos segunda derecha.)

ESCENA XI

JACINTA haciendo labor; MANUEL

MAN. Sólo por estarme contigo, dejo de fisgar lo que pasa en el comedor. (Abrazándola.)

JAC. Estate quieto.

MAN. Si me quisieras algo más...

JAC. Pero, ¿quién va á quererte á tí, con ese aire de palomino atontado? Si no dices más que simplezas. (Remedándole.) «Señora... con el respeto debido á la señora... Cuando tenía el honor de ir por la terraza...» (Manuel se ríe.) ¿De qué te ríes?

MAN. De tí. Pero ¿has tomado en serio?...

JAC. ¿El qué?

MAN. Yo, delante de la señora, me hago el tonto.

JAC. ¿Cómo?

MAN. Tú no sabes lo que les gusta á los señores que les demos ocasión de decir: ¡Pero qué torpes son estos criados! ¡Qué brutos!... Como diciéndose á ellos mismos: «¡Qué talento tengo!... ¡Qué diferencia de este animal á mí!...» Y ¿por qué no darles ese gusto? Yo se lo doy siempre. Y me va muy bien.

JAC. No te creía yo tan vivo.

MAN. He mudado diecisiete casas, y de las seis primeras me despidieron por haber demostrado á los amos que tenía yo más sentido común que ellos. En las demás hice todo lo contrario y me ha dado un resultado magnífico. Como que he juntado unos buenos ahorros para reunirlos con los tuyos cuando... (Abrazándola.)

JAC. ¡Que te estés quieto, que te estés quieto, que te estés quieto!... Me has roto el hilo... Toma tu pañuelo...

MAN. Está bien bordado... ¿Le has empezado para mí?

JAC. ¿Y eres tú el que teme enseñar el talentazo á la señora?

MAN. ¿Por qué dices eso?

JAC. Porque es fácil esconder lo que no se tiene. La señora te conoce muy bien. Hace seis años que estoy á su servicio y la tengo muy estudiada. Es un ángel por su trato; pero un demonio por su astucia. A veces se pasa de astuta y comete imprudencias.

MAN. Esta misma, por ejemplo.

JAC. Pero no sé como se las arregla, que siempre sale airosa de todo lo que emprende. El mismo marqués, que tan sabio se cree, no hace más que lo que quiere la señora. Conque, obra con libertad; que por mucho que sepas, al lado de la señora siempre serás un imbécil.

MAN. Y siendo tan lista, ¿no se la ha pegado nunca al marqués?

JAC. Nunca.

MAN. Dicen que es muy celoso.

JAC. Sin motivo. Porque es la única mujer por quien yo pondría las manos en el fuego. Y por mí, se entiende.

MAN. ¡Claro, mujer! Pero siendo así, no prosperarás mucho.

JAC. La señora es muy generosa.

MAN. Pues considera lo que sería si hubiese de por medio... Los matrimonios bien avenidos no dan ni honra ni provecho. Ya me cambiaría yo por Venancio.

JAC. ¿Por qué?

MAN. Porque eso de la encerrona me huele á lío. Seguramente el señor la pondrá un pisito en Madrid. Habrá que comprar muebles. Venancio se encargará de todo, y figúrate tú si podrá meter mano... Y tú también puedes aprovecharte; porque la señora se vengará, á poco que tú atices el fuego.

JAC. Eres un granuja, Manolo.

MAN. Bonita ocasión tiene ahora. Don Carlos es un guapo mozo.

JAC. ¿Don Carlos?

MAN. El oficial.

JAC. ¿Es que tú le conoces?

MAN. Sí. Y él á mí también. Le extrañó verme aquí, en casa del marqués de Rosales.

JAC. ¿Pero le has dicho que era tu amo el marqués de Rosales?

MAN. ¡Claro!

JAC. ¡Ay, qué gracia! (Riéndose.) ¡Con todo lo que he hecho para engañarle!... A un pícaro otro mayor... ¡Ah, vienen!...

MAN. ¡Cómo pasa el tiempo!... (Al entrar la Marquesa le dirige una severa mirada y él hace mutis por la izquierda.)

ESCENA XII

JACINTA, la MARQUESA y CARLOS

MARQ.ª Lo que le digo á usted. Las mujeres siempre dispondremos de recursos para dominar á los hombres. Como nuestro imperio no se impone por la fuerza ni por la aspereza, sino por la constancia y la dulzura, antes de que ustedes puedan prevenirse, se ven apresados por las suaves cadenas de nuestro dominio.

CAR. Cadenas de rosas. Yo no soy un rebelde, señora. Cuente usted con mi sumisión.

MARQ.ª Sólo la acepto como una galantería. Acaso la modestia y el silencio á que se nos obliga desde niñas, hacen que nuestra observación sea más atenta y más aguda. Y acaso la misma confianza con que ustedes proceden nos daría ocasiones para engañarlos, si el engaño no nos pareciera humillación.

CAR. Sería interesante que tomase parte en nuestra charla el coronel de uno de los regimientos en que he servido: el marqués de Rosales.

MARQ.ª ¿El marqués de Rosales?

CAR. Sí, señora.

MARQ.ª ¿Está usted seguro?

CAR. Segurísimo. Un hombre que tendrá ahora cincuenta y tantos años, de mediana estatu-

ra, pero fuerte; jugador, cazador, aficionado á apuestas, muy sabio y orgulloso de serlo, conocedor de todas las artes, ciencias é industrias, desde la poesía y la pintura hasta la cerrajería.

MARQ.ª ¡La cerrajería! Veo que le conoce usted.

CAR. Creo que tiene posesiones en uno de estos pueblos... ¿Por lo visto usted también le conoce?

MARQ.ª ¡Mucho!

CAR. Me han dicho que era viudo y que pensaba volver á casarse.

MARQ.ª No. No es viudo.

CAR. Se decía que su mujer...

MARQ.ª Su mujer, ¿qué?

CAR. Tenía la cabeza un poco...

MARQ.ª ¿Un poco?...

CAR. Sí, que padecía de una enfermedad de la memoria, hasta el extremo de olvidarse de las cosas más sencillas... De su mismo nombre.

MARQ.ª Pura calumnia. (Jacinta, que hacía esfuerzos por contener la risa, suelta una carcajada.) ¿Qué es eso?

JAC. Que me duelen las muelas. (Fingiendo quejarse.)

MARQ.ª Pues vé á quejarte á otro lado. (Mutis Jacinta por la izquierda.) ¿Qué decía el coronel respecto á las mujeres?

CAR. Cosas muy sencillas y que no carecían de reflexión. Las mujeres...—decía.—Perdóneme usted: yo no hago más que repetir sus palabras...

MARQ.ª Hable usted sin cuidado.

CAR. Las mujeres—decía—no dominan más que á los hombres débiles. Su discreción sólo es astucia y disimulo; sus argumentos, vana palabrería; son habilísimas para comprender la superficie de las cosas, pero no el fondo. Son encantadoras como los niños y como á los niños hay que perdonarles sus travesuras por la gracia con que las hacen. Prefieren... No olvide usted que hablo por boca del coronel... Yo estoy muy lejos de pensar...

MARQ.ª Siga usted, siga usted... Que nosotras preferimos...

CAR. La intriga á la rectitud de conducta y, en en fin, que sus únicas pasiones son el amor á un sexo y el odio al otro. Pónganse ustedes en guardia, terminaba diciéndonos... Pero, señora...

MARQ.ª Nada, nada; no me molesta. Termine usted.

CAR. Pónganse ustedes en guardia, defiéndanse de sus primeras coqueterías, no crean nunca sus primeras palabras y no caerán en sus redes. A mí no me han engañado nunca las mujeres, ni me engañarán en mi vida.

MARQ.ª ¿Conque el coronel les decía á ustedes eso?

CAR. A mí y á todos sus amigos... Y después entraba en unos detalles que no me atrevo á...

MARQ.ª Suprímalos usted... No soy curiosa. Y ustedes le aplaudirían encantados. Porque cuando los hombres nos toman por su cuenta...

CAR. Yo era de los que callaban, señora. Pero si hubiese tenido la dicha de conocer á usted entonces, ¡qué ventaja no le hubiera sacado en la discusión! ¡Cómo le hubiera demostrado que la fuerza de la razón, la solidez de juicio, unidas á la hermosura!...

MARQ.ª (Un poco ofendida.) Estoy notando que abuso de su bondad, entreteniéndole demasiado... Me ha dicho usted que aún le faltan algunas leguas de camino.

ESCENA XIII

DICHOS y JACINTA, por la izquierda

JAC. Señora... Acaba de llegar el señor marqués, digo, el señor conde, que vuelve de su cacería.

(La Marquesa finge turbación.)

MARQ.ª ¿Tan pronto? ¡Ay, Dios mío!... No sé...

CAR. ¿Seré yo la causa de su turbación?

MARQ.ª Es que no me atrevo á proponer á usted... Mi marido no es celoso, ni tiene motivos

para serlo; pero delicado... Si sabe que yo misma, sin conocer á usted...

CAR. Señora... por mí...

MARQ.ª El marqués vendrá un momento á contarme las peripecias de su partida de caza y se marchará en seguida.

CAR. Usted me manda.

MARQ.ª Tendrá usted la bondad de pasar á este gabinete...

CAR. Con mucho gusto.

MARQ.ª Será por muy poco tiempo. En cuanto me quede sola podrá usted salir. Si escucha usted nuestra conversación no tendrá tiempo de aburrirse. Me gustaría que nos oyese usted.

(Mutis Carlos primera derecha.)

ESCENA XIV

La MARQUESA y JACINTA

MARQ.ª ¡Ah, señor marido!... ¡Conque las mujeres sólo dominamos á los débiles! ¡Conque á usted no le engañarán nunca! ¡Sí, lo habrá dicho, sí!... El, á quien tan fácilmente se engañaría, por lo mismo que tanto confía en sí mismo... ¡Qué alegría si pudiera vengarme probándole que...! Pero, ¿cómo me arreglaría?... El mismo oficial puede darme ocasión... (Cierra la puerta del gabinete donde ha encerrado al oficial y se guarda la llave.) Jacinta, dame mi labor.

JAC. Aquí está, señora... (Mutis Jacinta.)

MARQ. (Dentro.) Sí, sí, cuidad á esos perros... Vienen dos heridos... Curadlos en seguida.

ESCENA XV

La MARQUESA, el MARQUÉS y JACINTA, cuando se indique

MARQ. (Saliendo.) Y tú, listo, á servir la mesa. Vengo muerto de hambre. (A la Marquesa.) ¿Tú has comido ya?

MARQ.ª Sí. No creí que vendrías tan pronto.
MARQ. Ni yo tampoco.
MARQ.ª Vendrás calado.
MARQ. ¡Bah! Yo no doy importancia á estas mojaduras, ya lo sabes... Y tú, ¿has tenido muchas visitas?
MARQ.ª Algunas... ¿Qué tal tu caza?
MARQ. Nos hemos cansado de dar ojeos falsos, hemos corrido en la batida todo el bosque de la Muñera, los perros no tomaban los vientos. Por fin, cubrimos la tierra y al acoso, cerca del venadero, ncs saltó un enorme ciervo de diez garcetas...
MARQ.ª Me asombra el prodigioso número de términos que empleais sólo para la caza. Las mujeres creemos saber el castellano y nos percatamos de nuestra ignorancia cuando os oimos hablar de ciencias, de industrias y de esas artes que llamais...
MARQ. Mecánicas.
MARQ.ª Mecánicas. Otro terminito.
MARQ. Un hombre medianamente ilustrado los sabe casi todos.
MARQ.ª ¿También los de las artes mecánicas?
MARQ. ¡Ya lo creo!... Hace algún tiempo yo te hubiera apostado á saber más que un diccionario, en cuanto á la nomenclatura técnica, no ya de las ciencias y artes, sino hasta de los mismos oficios.
MARQ.ª No seré yo la que apueste contigo. Porque precisamente ahora me estaba fijando en esa puerta, y me decía: cada pieza de hierro tiene su nombre y, exceptuando la cerradura, yo no hubiera dicho ni uno solo.
MARQ. Yo te los digo todos.
MARQ.ª ¿Todos? ¡Imposible!
MARQ. ¿Te apuestas algo?
MARQ.ª Muy pronto lo has dicho.
MARQ. Y lo sostengo. Venga la apuesta.
MARQ.ª Sea. Así como así necesito quinientas pesetas.
MARQ. ¿Por qué no me las has pedido?...
MARQ.ª Porque el sablazo que te reservo es bastante mayor. Esas pesetas quiero ganártelas.

MARQ. ¿Quinientas pesetas? ¿Van?

MARQ.ª Van. ¿Y estás seguro de decirme cómo se llaman todas las piezas de hierro de una puerta cualquiera, de esta, por ejemplo? (La primera derecha.)

MARQ. Sí.

MARQ.ª Las escribiremos según las vayas nombrando, porque de otro modo no sabré si las has dicho todas.

MARQ. Bueno... (A Jacinta que ha entrado momentos antes.) Que venga Venancio. No perderé ninguna ocasión de demostrarte que los hombres tenemos la ventaja de la erudición y de la profundidad de nuestros juicios... Es verdad que las mujeres teneis el encanto de la gracia, de la belleza, y que una sòla de vuestras miradas...

MARQ.ª Mira. Piensa que soy tu mujer y que los cumplidos son tonterías cuando son inoportunos. Volvamos á nuestra apuesta. Me parece que lo que tú quieres es hacérmela olvidar.

MARQ. No por cierto.

ESCENA XVI

DICHOS. VENANCIO, segunda derecha

MARQ.ª Aquí está Venancio. No tenemos tiempo que perder, que aun nos faltan algunas leguas de camino.

MARQ. ¿Qué hablas de leguas?

MARQ.ª Nada, nada. A nuestra apuesta.

MARQ. Venancio, coja una pluma y escriba lo que voy á dictarle.

MARQ.ª Ponga usted como encabezamiento: «Páguese al portador de la presente la cantidad de quinientas pesetas.» Y las cobrará el que gane. ¡Qué bien me van á venir!

MARQ. ¡Pero si no las has ganado todavía!...

MARQ.ª Vamos, vamos, empieza...

MARQ. Van á parecerte términos ordinarios...

MARQ.ª Al contrario. Me parecerán de oro... Y mira si soy buena que voy á ayudarte á ganar. No

olvides la cerradura (Levantándose y yendo á la puerta.) y estos clavitos que la sujetan.

MARQ. No son clavitos; son tornillos sujetos por tuercas. Escribe: cerradura, tornillos, tuercas...

VEN. Tuercas... (Repitiendo lo escrito.)

MARQ. Hembrilla, pomo, escudete, bisagras...

MARQ.ª ¡Me asusta tu rapidez!...

VEN. Bisagras.

MARQ. Todavía faltan...

MARQ.ª Pierdo, pierdo...

MARQ. Espera, espera... Fallebas, pasadores, escuadras, manivelas, cerrojo...

MARQ.ª ¡Ay mis quinientas pesetas!

MARQ. Ya ves que no dudo un instante. Soy una carretilla, un...

VEN. Cerrojo.

MARQ.ª ¿Quieres cincuenta duros por la apuesta?

MARQ. No, no... Escuadras, manivelas, cerrojo.

VEN. Están ya...

MARQ.ª ¿Quieres sesenta duros?

MARQ. No te perdono un céntimo. He perdido tres apuestas la semana pasada y quiero desquitarme.

MARQ.ª Me doy por vencida. Ni siquiera te pregunto si has olvidado algo.

MARQ. Fallebas, cerradura, bisagras...

MARQ.ª Si fuese un portón de esos grandes, ya te hubiera costado más trabajo.

MARQ. Lo mismo.

MARQ.ª ¿Falta algo?

MARQ. No...

MARQ.ª Lo que más me llama la atención es la prontitud, la precisión, el golpe de vista...

MARQ. ¿Y eso te sorprende?

MARQ.ª Dices bien... Me tienes tan acostumbrada... Bueno. ¿Falta algo?

MARQ. Pagarme.

MARQ.ª ¿Pagarte? Eres un acreedor terrible. Yo te hubiera concedido más crédito.

MARQ. No me corre prisa.

MARQ.ª Venancio... meta ese papel en un sobre y démelo.

MARQ. ¿Para qué?... Es una tontería.

MARQ.ª Dispénsame; pero soy tan torpe... (Mutis Venancio segunda derecha.) Nosotras no podemos comprender más que la superficie de las cosas; el fondo siempre se nos oculta.

MARQ. Eso lo he dicho yo muchas veces.

MARQ.ª ¿Me das de término una hora para reflexionar si se te ha olvidado algo?

MARQ. Dos días si quieres.

MARQ.ª No Sólo te pido el tiempo preciso para contarte lo que he hecho durante el día. Me aburría soberanamente... Salí al balcón; la lluvia me obligó á dejarle... Quise leer, bordar, tocar el piano... Todo me fastidiaba... Con nada me distraía. Volví á asomarme al balcón... Entonces ví pasar por la carretera un joven á caballo... Me dió el capricho de no comer sola y le mandé llamar en nombre de la condesa de Pinofuerte.

MARQ. Y, ¿por qué la condesa de Pinofuerte?

MARQ.ª No me parecía bien que supiese que era la esposa del marqués de Rosales, que tiene tierras por estos contornos.

MARQ. ¿Por qué?

MARQ.ª Ya te lo explicaré. Aceptó mi invitación. Es uno de esos hombres cuya fisonomía simpática inspira confianza. Me ha llenado de atenciones, no ha perdido ocasión de hacerme ver que yo le gustaba mucho. Hasta se ha propasado á decírmelo, no sé si porque es atrevido con las mujeres ó porque ha visto en mis ojos la alegría que su presencia me causaba.

MARQ. ¡Carmen!

MARQ.ª Perdona mi sinceridad. No te creo capaz de pensar... En fin, que cuando era más animada nuestra conversación, llegaste tú y no he tenido tiempo más que para esconderle en ese gabinete. Lo había olvidado por completo y ahora veo la indiscreción que he cometido al hacer esa apuesta, mucho más cuando vienes calado y deseando comer...

MARQ. ¡Carmen, Carmen!

MARQ.ª Pero noto... El ciervo que has corrido, te ha llevado muy lejos?

MARQ. No..

MARQ.ª Me parece verte enfadado...

MARQ. No. Pero ese señor debe estar aburriéndose en ese gabinete.

MARQ.ª No hablemos de esto. Veo que te molesta y me contraría .. Déjame sola... Desearía...

MARQ. Lo que yo deseo es entrar en ese gabinete para ver al hombre que ha tenido el atrevimiento...

MARQ.ª Permíteme que te proponga un arreglo.

MARQ. ¿Un arreglo?

MARQ.ª Puesto que he perdido la apuesta, dame el desquite.

MARQ. No es esta ocasión de bromear.

MARQ.ª No bromeo. Te pido un desquite.

MARQ. Y yo la pido á usted en el acto la llave de esa puerta.

MARQ.ª ¡La llave!

MARQ. Sí. La llave, la llave.

MARQ.ª ¿Y si no la tuviese?

MARQ. Echaría la puerta abajo.

MARQ.ª Nada de violencias. Eso, lo mismo lo puedes hacer ahora que después de escucharme un momento.

MARQ. La escucho á usted.

MARQ.ª Siéntate.

MARQ. No me da la gana.

MARQ.ª Antes de dejarte llevar de la cólera, entrégame las quinientas pesetas que has perdido.

MARQ. ¡Esto es demasiado!

MARQ.ª En la apuesta has olvidado la llave, la llave, la llave... Después la has nombrado con una furia que nunca hubiera creído en ti. He querido gastarte una broma para obligarte á pedir la llave, sin pensar que me exponía á que me juzgases capaz... Lee. (El coge el papel.) En cuanto á esa llave que pides, aquí la tienes: abre ese cuarto, mira por todas partes y considera que si hubiese tenido la ligereza de ocultar á alguien, no iba á cometer la estupidez de decírtelo.

MARQ. Me has desarmado por completo.

MARQ.ª No, no, no... Lo que te he dicho es verdad.

MARQ. Comprendo que he hecho muy mal en acusarte. Perdóname.

MARQ.ª Con toda mi alma. (Le abraza.)

MARQ. ¿Lo dices de corazón?

MARQ.ª Sí. No te guardo rencor.

MARQ. Eres muy buena. ¿Cómo he podido desconfiar de ti? ¡Con qué habilidad me has obligado á pedir esa llave, esa maldita llave!... (Mirando el papel.) Aquí está la cerradura, los tornillos, las bisagras... Pero la llave... Esto me enseñará á no cometer más ligerezas contigo... Esta es la última. Voy por las quinientas pesetas. Te las pagaré de buena voluntad. (Medio mutis.) Pero... si yo no sé cómo he sido tan tonto que conociéndote tan bien como te conozco, he podido pensar... sospechar siquiera... Soy un cabezota... ¡Cuerno de llave!... ¡Maldita llave!... ¡Ja, ja, ja! (Mutis izquierda.)

ESCENA XVII

La MARQUESA y CARLOS primera derecha

MARQ.ª (Abriendo el gabinete.) Salga usted, salga usted.

CAR. Señora, estoy maravillado de todo lo que acabo de oir.

MARQ.ª ¿Se ha convencido usted de la inmensa ventaja que toda mujer tiene sobre su marido. Eso, yo; conque la que sea más hermosa y más lista...

CAR. Eso es imposible.

MARQ.ª Pues sólo he empleado los recursos más elementales. ¿Qué hubiera ocurrido si hubiese puesto en juego todos los de una mujer digna que se siente ultrajada? No puede usted formarse idea del ascendiente de una mujer que sabe sobreponerse á su marido. Sin embargo, no por eso estoy menos avergonzada del papel que he fingido y nunca lo recordaré sin ponerme colorada. La vanidad de mostrar el talento no nos conduce más que á cometer imprudencias.

CAR. ¡Qué duramente se juzga usted por una broma sin importancia!...

MARQ.ª En presencia de un desconocido... á quien, sin embargo, creo todo un caballero...

CAR. Y el más humilde de sus servidores.

MARQ.ª He puesto en ridículo á mi marido, el marqués de Rosales; porque ya sabe usted...

CAR. Sí, ya sabía que estaba en casa de la señora marquesa de Rosales.. Un criado me lo dijo al entrar.

MARQ.ª ¡Como! Entonces, ¿ha estado usted burlándose de mí?

CAR. No, señora; pero usted de mí tampoco.

MARQ.ª De modo que me veo cogida en mis propias redes... (Se pasea nerviosamente.) Bien empleado me está... (Toca un timbre.) Caballero, espero que á nuestro regreso á Madrid, tendremos el gusto de verle en nuestra casa. Entonces contaremos á mi marido esta broma de hoy. ¡Jacinta!... Acompaña á este caballero por la escalera interior.

CAR. Señora... Nunca olvidaré su amabilidad. Estoy á sus órdenes...

MARQ.ª ¡Que lleve usted un feliz viaje!... (Mutis Carlos.)

ESCENA XVIII.

La MARQUESA y después JACINTA

MARQ.ª ¡Qué vergüenza! ¡Cómo se habrá burlado de mí!... Por fortuna tiene aspecto de ser persona decente... y no creo que vaya contando por ahí...

(Viene Jacinta.)

JAC. ¡Ay, qué rato me ha hecho pasar la señora!

MARQ.ª ¿Por qué?

JAC. ¡Si llega á entrar el señor!...

MARQ.ª ¿Qué?

JAC. ¿Qué hubiese dicho al ver al oficial?...

MARQ.ª No sé; pero yo le hubiese preguntado si teniendo él ocultas á dos mujeres que conoce hace quince años, no me es lícito á mí encerrar á un hombre que conozco hace quince minutos.

JAC. ¡Es verdad! No había pensado en ello...

MARQ.ª Ahora mismo vas á decir á Venancio que dé la cuenta á Manuel.

JAC. ¡Pobrecito! ¿Qué ha hecho? Tan buen muchacho.

MARQ.ª Sí, un pícaro redomado... No quiero en mi casa criados que cuentan en el cuarto de la señora lo que pasa en el cuarto del señor. Y que sirva esto de lección.

JAC. (¡Pues sí que va haciendo fortuna... con tanto talento!...) (Mutis izquierda.)

ESCENA XIX

La MARQUESA, el MARQUÉS y CARLOS

MARQ.ª ¡Pero, ah! (Sorprendida al ver entrar al Capitán con el Marqués.)

MARQ. No le importe á usted venir con las botas de montar... Carmen... Don Carlos Salazar, distinguido oficial, amigo mío. Aquí tienes las mil pesetas.

MARQ.ª ¡Si no eran más que quinientas!...

MARQ. Y otras quinientas de multa que me he impuesto en castigo de mi ligereza. Así me enmendaré.

MARQ.ª Y yo también.

MARQ. ¡Tú, pobrecita! ¿por qué? Al contrario... Capitán, usted no comprenderá... Ya se lo contaré... ¡Una broma deliciosa!... Por ella podrá usted apreciar el talento de mi mujer. Quédate con el señor un momento... ¡Amigo mío, qué sorpresa la que le preparo! Vuelvo, vuelvo en seguida. (Mutis segunda derecha.)

ESCENA XX

La MARQUESA y CARLOS

MARQ.ª Caballero, todo esto sirve para aumentar mi confusión. ¿Le ha encontrado á usted mi marido?

CAR. No, señora; he salido por la escalera interior y he entrado por la puerta principal. Porque cuando usted me mandó llamar, yo iba á entrar en esta casa citado por el marqués de Rosales. Y al ver que se me conducía con tanto misterio, llegué á creer que se trataba de una aventura novelesca.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, MARQUÉS y TERESA

CAR. ¡Qué veo! ¡Teresa aquí!

MARQ. Sí... Y cada vez más bonita. Reciba usted el amor de manos de la amistad. (Entregándole á Teresa.) Tú no sabías que esta señorita estaba en nuestra casa desde anoche. Llegamos muy tarde, y esta mañana he salido muy temprano y no quise molestarte. Esta señorita es hija de un antiguo amigo mío, compañero de armas, valiente y pundonoroso, que murió heróicamente en mis brazos durante la guerra. Fruto de unos amores secretos y desgraciados, mi amigo conservó hacía esta niña un inmenso cariño, y al morir me encargó mucho que velase por ella. Ya te diré las razones que he tenido para ocultártelo hasta hoy... Y tú, hija mía, abraza á mi mujer, que desde hoy será para ti una madre.

TER. ¡Con todo mi corazón!

MARQ. Tengo ya concertada su boda con este caballero, á quien entrego esta joya porque no conozco á otro que sea más digno de merecerla. Teresa y tú, cuando regresemos á Madrid, dispondréis cuanto sea necesario para la boda.

MARQ.ª Estoy encantada. Nos querremos mucho. Me figuraré que tengo una hija.

CAR. ¡Qué buena es usted, señora!

MARQ.ª Mucho me equivoco si esta señorita no tiene un gran talento. Y estoy segura de que no

lo empleará sino para precaverse de la malicia de los demás, dirigir bien su casa y hacer la felicidad de su marido.

CAR. Si necesitase un modelo, podría encontrarlo en usted.

MARQ.ª No. En mí, no. Basta de astucias. Ojalá sirva esta aventura para escarmentarme. ¡A cuántas mujeres les ha costado mucho más el arriesgarse mucho menos!

TELÓN

Madrid, 30 Enero, 1911.

Obras de Miguel de San Román

Ilusiones de niña, monólogo en prosa, original.
Almas vulgares, comedia en un acto, original.
Las alondras, comedia en tres actos, original.
La décima musa, poema representable, en prosa y verso, original.
La abuelita Lulú, comedia en un acto, original.

Flor de vida. (Poesías.)

Precio: UNA peseta